

G GT21

Feliciano Argueta. Guerrillero Inolvidable de Mario Payeras en Lecturas y Testimonios. EGP. México, 1982. Docs.10

Corta biografía de Rodolfo Payeras, mejor conocido como Feliciano Argueta, hermano de Mario Payeras, en donde se centran en su vida como guerrillero.

Clave expediente G GT21

Fondo Payeras

Volumen

Año de publicación 1982

Año final 1982

Sección temática 1982

Serie geográfica 1982

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Fotocopia de publicación

Fuente Maritere Espinosa

LECTURAS Y TESTIMONIOS

Feliciano Argueta Guerrillero Inolvidable

Por Mario Payeras



EJERCITO GUERRILLERO DE LOS POBRES
MIEMBRO DE LA UNIDAD REVOLUCIONARIA NACIONAL GUATEMALTECA - URNG -

México 1982

Este esbozo biográfico sobre su hermano, Rodolfo Payeras
(Feliciano Argueta), lo hizo Mario a solicitud ^{de} con in-
formación proporcionada a él por Pablo Monsanto, diri -
gente de las FAR, Nota de Y. Colom

*aparte autor de información muy valiosa
y María (Griselda Orantes)*

*el mismo y por María (Griselda Orantes), militante de las FAR.
Ambos compañeros de lucha en la década de los 60
de Rodolfo Payeras*

Feliciano Argueta

Guerrillero Inolvidable

Por Mario Payeras

El 14 de abril de 1971, en una calle de la Colonia Monte Verde, en la ciudad de Guatemala, cayó abatido por disparos hechos desde un auto en marcha el capitán Feliciano Argueta, en ese momento uno de los principales dirigentes de la Fuerzas Armadas Rebeldes, la organización guerrillera a cuya construcción y desarrollo había entregado los años más fructíferos y ejemplares de su vida. Eran años de derrota para el movimiento revolucionario, y la esperanza se pagaba con la muerte de los mejores compañeros.

Rodolfo Payeras, su verdadero nombre, era el mayor de dos hermanos y había nacido en 1938, en la cabecera departamental de Chimaltenango, pequeña ciudad del altiplano occidental guatemalteco. Pocos años antes, su padre, un maestro de escuela originario del oriente del país, había pasado a desempeñar una plaza docente en la ciudad y había contraído matrimonio con la hija mayor de una de las familias acomodadas de la localidad. Era la época de la dictadura ubiquista. Los maestros de escuela ganaban veintidos quetzales mensuales y carecían de los más elementales derechos gremiales, por lo que el padre participaba con los grupos de maestros que silenciosamente se organizaban entonces, preparando el combate contra el régimen imperante. Del padre ilustrado e inquieto escuchó Feliciano las iniciales razones sobre la injusticia social y la primera prédica revolucionaria.

No ocurría lo mismo por el lado de la familia materna. De posición acomodada, la familia de la madre había acumulado algún capital, por medio del comercio local y la fabricación de pan. Antes de asentarse definitivamente en Chimaltenango, la familia había tenido tienda grande en San Andrés Itzapa, poblado indígena del interior del departamento, donde por esa época se celebraba una feria anual, renombrada por el volumen de las transacciones comerciales que en ella se realizaban. El capital que familias ladinas prominentes lograban acumular a través del comercio provenían en gran medida de la posición social que el linaje permitía, en un contexto donde la población indígena se hallaba sujeta a formas de servidumbre que permitían el rápido enriquecimiento de quienes se hallaban mejor relacionados con la estructura del poder local. Así se explicaba más tarde Feliciano las ideas discriminatorias y el comportamiento opresor de sus mayores para con los indígenas que servían en la casa, que llevaban la leña, el frijol, la renta anual de algún terreno propiedad de la familia y hasta la hoja de pino con que se regaba el piso de la casa para los días de fiesta.

Sin embargo, por las venas de Feliciano también corría sangre indígena. El abuelo materno —un hombre de recio carácter, empleado de alguna de las oficinas gubernamentales existentes en la localidad y que en las viejas fotografías familiares aparecía con grandes bigotes engominados— era un mestizo característico, cuyos ancestros indígenas se evidenciaban en el pelo lacio, en los ojos negros y pequeños y en los rasgos faciales a los que la sangre india les había rebajado el blanco sin alternativas de quienes poseen sólo sangre española. Pero era sobre todo en la psicología donde se reflejaba el mestizaje del abuelo. Introverso, amargado por la rutina pueblerina, era, no obstante, agudo y capaz de grandes ternuras ocasionales, sobre todo cuando estaba de buenas, lo cual no era frecuente. Uno de los hechos de la infancia inexplicables para Feliciano había sido el haber visto una

vez, en la casa familiar del abuelo a la madre de éste, de cuya existencia nunca había tenido noción hasta ese día, ausente siempre de las ceremonias familiares y borrada incluso de la memoria de sus descendientes. Era mamá Paulita, una indígena vieja, confinada desde siempre a uno de los cuartos interiores de la casa, donde tejía en telar a mano, ignorada por los nietos. Feliciano recordaba su negra y lacia cabellera suelta, resaltando en la penumbra de la habitación aislada.

Por esa época, Chimaltenango era una pequeña ciudad próspera. Asentada en un amplio valle del altiplano, su estructura no difería del resto de poblados españoles contruidos en el área indígena. La formidable mole de mampostería de la iglesia, los torreones del cuartel y las arcadas de la Gobernación Departamental rodeaban la pequeña plaza, en cuyo centro había un parque con araucarias, palmeras, un quiosco para instalar a la banda de música los días de concierto y una fuente colonial en forma de tinaja, de cuyos desagües se dice que desembocan en los dos océanos. Frente al parque se situaban los principales comercios, entre ellos tiendas de mercería, comedores y billares, donde paraban las camionetas que partiendo de la capital seguían hacia el occidente frío. La Lluvia de Oro, La Sonrisa, La Veloz Tecpaneca eran algunas de las más conocidas. Un Chrysler de alquiler, de los años veinte, hacía viajes expresos a la Antigua o a la capital. El viejo adoquinado de la Calle Real atravesaba la ciudad de este a oeste, por entre casas de tejados con réhiletos en las cumbres, portones anchos y jardines interiores poblados de rosales. Alrededor del casco viejo se aglomeraban las casas de caña y paja de los indios, en cantones comunicados por callejas de tierra por donde al atardecer entraba el ganado, de vuelta de los restrosos. A partir de allí se abrían los milperíos y un cielo siempre azul surcado por bandadas de pericas viajeras.

En el caserón de tejas y patios interiores, situado frente al parque, a un costado del cuartel, entre los geranios y los nísperos del patio inundado por la luz del altiplano, descubriendo los artefactos de la civilización que irrumpían en el pueblo por los años de la guerra europea, transcurrió Feliciano Argueta su primera infancia. La muerte de la madre, cuando el tenía seis años de edad, significó para el niño un primer choque con la realidad de la vida, y sin duda marcó su psicología para siempre. Era 1944, y el padre pasaba las vicisitudes de los maestros rebeldes de esos días, acosado por la dictadura. Constantemente llegaban a la casa noticias y rumores acerca de fusilamientos, capturas, persecuciones y otras represalias del tirano, cuyo régimen se tambaleaba en la ciudad ante los embates del movimiento cívico que pugnaba por derribarlo. La vieja Guatemala se conmocionaba y estaba próxima a una revolución.

El gobierno de Arévalo nombró al padre de Feliciano director del Reformatorio para Menores, en realidad una prisión juvenil donde eran confinados los pequeños delincuentes que proliferaban en la terrible sociedad ubiquista. Provisto de una orden presidencial, el improvisado director se presentó en la Penitenciaría Central, con la misión de conducir a la nueva instalación a los niños reclusos. Estos se hallaban hacinados en celdas infectas, en insostenible promiscuidad con criminales y viciosos adultos, donde los piojos blancos se movían como hormigas por muros y colchones podridos. Como hijo del director se instaló Feliciano en la prisión juvenil, iniciándose en el conocimiento de los bajos fondos de una sociedad que convertía en delincuentes a quienes quedaban huérfanos o eran abandonados por padres cesantes, alcohólicos o a su vez delincuentes. La Revolución de Octubre procuraba rescatar a esta niñez y juventud marginadas, pero en realidad los recursos que se asignaban para ello eran insuficientes y no lograban remediar males que tienen su origen en las entrañas mismas de la sociedad dividida en clase sociales antagónicas.

Como para miles de guatemaltecos, la intervención imperialista de 1954 contra la Revolución de Octubre significó para Feliciano un acontecimiento que hizo cambiar definitivamente el rumbo de su vida. Los agitados días de la invasión mercenaria, las incursiones aéreas, el descorazonador mensaje de Arbenz a la ciudadanía deponiendo el mando y la profunda frustración popular, quedaron grabados en la conciencia de Feliciano, y explican los caminos que siguió a partir de entonces. Con la llegada del anticomunismo al poder, el padre perdió el empleo y hubo de buscar el sustento trabajando en la Costa Sur, donde desmontó un terreno virgen y engordó algunos chivos. Feliciano, luego de graduarse de Maestro de Educación Primaria, en el Instituto "Rafael Aqueche", en 1955, obtuvo el cargo de secretario noveno en una oficina fiscal, y con el escaso sueldo logró costearse los estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos. El ingreso a esta casa de estudios, semillero durante décadas de luchadores revolucionarios y patriotas, fue decisivo para la formación política e ideológica del futuro jefe guerrillero. Por las aulas de la Facultad desfilaban políticos, intelectuales de

izquierda, conspiradores del momento y revolucionarios verdaderos. Antonio Fernández Yzaguirre, Edelberto Torres Rivas, Fernando Arce Behrens, Edmundo Guerra Teilheimer y muchos otros líderes estudiantiles del momento o que andando el tiempo habrían de proseguir consecuentemente en las primeras filas de la lucha revolucionaria, fueron sus compañeros. Entonces se inició en el conocimiento de las ideas marxistas-leninistas, aprendió las artes del periodismo revolucionario, hizo conciente su amor por el Pueblo y participó de los planteamientos iniciales sobre el rumbo que habría de conducir a los más esclarecidos de su generación a la lucha clandestina urbana o a las montañas.

Es así como en 1958 ingresa a la Juventud Patriótica del Trabajo, la juventud comunista, incorporándose como militante de base. Para entonces ya bullían en Feliciano las inquietudes iniciales por el recurso extremo de las armas como única salida de la situación imperante. Por esos años, junto con Edmundo Guerra Teilheimer, dirige *El Estudiante*, combativo periódico que entonces se convirtió en una de las principales tribunas para la denuncia y la lucha contra el gobierno del general Ydígoras Fuentes, lo cual le valió a sus directores persecución y cárcel. La resistencia popular a los gobiernos igualmente reaccionarios y proyanquis que sucedieron al régimen castilloarmista, se reorganizaba en fábricas, campos y facultades universitarias, dando origen a una nueva generación de revolucionarios y que más tarde tomaría el camino de la lucha guerrillera. En 1959 había tenido lugar el triunfo del Ejército Rebelde encabezado por Fidel Castro, en Cuba, y la imagen enhiesta e invencible del jefe insurgente atraía irresistiblemente a las juventudes latinoamericanas. El 13 de noviembre de 1960 se produce el levantamiento armado que organizan jóvenes oficiales contra el gobierno de Ydígoras Fuentes, y la vida política guatemalteca experimenta un vuelco decisivo. Comenzaba la época legendaria de Yon Sosa y Luis Turcios, dirigentes guerrilleros que inauguraron el período en que los guatemaltecos comenzaron a valerse de las armas para enfrentar a sus explotadores y opresores.

A partir de entonces, la vida de Feliciano Argueta es arrastrada por la vorágine de los acontecimientos de que fue protagonista una generación completa de revolucionarios. En 1962, año de grandes decisiones, sale del país a conocer la experiencia de la Revolución Cubana. Ariel González, César Montes, Pablo Monsanto, José María Ortiz Videz y muchos otros jóvenes inquietos y aguerridos forman parte de ese primer contingente de revolucionarios que aprenden en la patria de Martí y Fidel las experiencias iniciales de la guerra de guerrillas. En 1963 se abren los primeros frentes guerrilleros en el nor-oriente guatemalteco, y Feliciano Argueta se incorpora al destacamento que se instala bajo el mando de Yon Sosa, en las Montañas del Mico, en Izabal. Son los intensos meses de prueba en que el movimiento revolucionario comienza a articularse y, falto de experiencia, pero también de coherencia estratégica y táctica, sufre reveses y fracasos parciales que obligan a los combatientes a retornar a la ciudad, a fraguar nuevos planes, a emprender nuevos intentos.

Muchas fueron las vicisitudes que Feliciano vivió en estos días, en el ir y venir de los primeros ajeteos insurreccionales, cuando aquella improvisada generación de guerrilleros comenzaba a aprender el arte de la guerra. Más que de valentía innata, la serenidad de Feliciano en los momentos difíciles provenía de sus convicciones y de la certeza de que el destino individual importa poco frente a la grandeza del destino colectivo. Se cuenta que en cierta ocasión, cuando bajaba por primera vez de la Sierra, caminando de noche por una carretera le fue marcado el alto por una posta enemiga. Sólo llevaba arma corta, y su atuendo raído y la palidez de los meses de monte habrían sido suficientes para denunciarlo. De ahí que ante la voz conminatoria no se detuviera, pero que tampoco acelerara el paso, sino que mantuviera el avance indefinido del que no está seguro si es a él a quien se dirigen. La posta, sin duda un recluta sin mayor experiencia en el oficio, pero dispuesto a su manera a hacer cumplir las órdenes, trató de darle alcance en la oscuridad, reiterando la voz conminativa, pero a la vez sin pasar a la acción que en estos casos disponía la ordenanza. Así avanzaron un buen trecho, Feliciano fingiendo que no estaba claro si era con él la cosa, y el inexperto soldado sin atreverse a dejarlo ir, aunque tampoco decidido a abrir fuego. Ya a poca distancia uno del otro, siempre sin detenerse, sostuvieron un diálogo que de no mediar las circunstancias dramáticas en que tenía lugar, habría llamado a risa. Finalmente, cuando Feliciano estuvo seguro que su indeciso perseguidor se había acercado suficiente, se volvió con rapidez, al mismo tiempo que sacaba el arma y abría fuego sobre el bulto a quemarropa. Así logró llegar a pie a la ciudad, flaco, palúdico y hambriento.

En otra oportunidad fueron la sorpresa y la audacia las que salvaron la vida. Esta vez iba para el oriente con otro compañero, en el ferrocarril que hace el trayecto de la capital a Puerto Barrios. En una de las estaciones de Zacapa o Izabal, el coche en que viajaban fue rodeado por un pelotón de tropa que

ordenó descender a los pasajeros para proceder a un registro. Feliciano y su acompañante iban armados, además de ser probable que el oficial reconociera a alguno de ellos. Antes de que el piquete de soldados se organizara para la requisa, Feliciano saltó por la ventana, abriendo fuego sobre la tropa sorprendida, y antes de que los cuques reaccionaran ganó la orilla del monte, lanzando una granada que terminó de sembrar la confusión y le permitió ponerse a salvo. No recordamos qué pasó con el otro compañero.

En enero de 1965, Feliciano se incorporó a la Guerrilla "Edgar Ibarra", nombrada así en reconocimiento del prematuro mártir guerrillero que había compartido con él las peripecias iniciales del fallido frente de Yon Sosa, en las Montañas del Mico. Varios meses antes, en octubre de 1963, veintidós guerrilleros, al mando de Luis Turcios, se habían instalado en las márgenes orientales del lago de Izabal, cerca de Caxlampón. Luego de prolongadas exploraciones y tras hacer un intenso trabajo de construcción de bases de apoyo clandestinas, este grupo insurgente entró por núcleos, río Polochic abajo. Durante nueve meses permanecieron clandestinos en la zona, explorando la Sierra y consolidando al grupo en armas, al amparo de la húmeda montaña con salientes rocosas de las márgenes. El 30 de junio de 1964 toman Río Hondo, abriendo hostilidades en Zacapa. En octubre de ese año se produce la toma de Panzós, y se inician los problemas políticos con la dirección del movimiento revolucionario que habrían de conducir más tarde al rompimiento de la Guerrilla "Edgar Ibarra" con las primeras FAR.

Cuando Feliciano sube a la Sierra, por el camino de Río Chiquito, en el área de Teculután, sólo había en la montaña seis guerrilleros: Emilio, César, Pachanga, el Abuelo, Bené y Pablo. Del resto, algunos habían bajado por enfermedad o habían partido a cumplir nuevas tareas a la ciudad o a otras áreas de trabajo. Al llegar Feliciano, dirige la primera escuela político-militar que funciona en la Sierra, por la cual desfilaron centenares de campesinos del oriente durante 1965. Aquel año, Feliciano encabeza una de las patrullas con que la guerrilla se propone la mayor campaña de propaganda armada en las inmediaciones de la Sierra de las Minas. Mientras Pablo cubría el área de Río Hondo a Mayuelas, Feliciano lo hacía de Río Hondo a San Agustín Acasaguastlán. En esa oportunidad tomó con su patrulla esta población, ocupó la Policía Nacional, desarmó a los agentes, los metió a la cárcel e hizo un mitin con la población local.

Moreno, más bien bajo de estatura, con grandes bigotes a lo Emiliano Zapata y con los ojos huraños y escrutadores de éste, la personalidad de Feliciano Argueta es difícil de describir. Hablaba poco, porque en el fondo era tímido, aunque la actividad revolucionaria lo forzaba a tomar la palabra con demasiada frecuencia y, sobre todo, a dar órdenes. No pocas dificultades le acarreó a Feliciano, a lo largo de su militancia, esta contradicción. Teniendo cualidades humanas y políticas que le daban autoridad, tenía dificultad para ejercerla. De ahí que prefiriera hacerla a través de otros o por los medios también indirectos del resonamiento expuesto en privado a los compañeros de mayor confianza. En aquella generación de revolucionarios, era uno de los pocos que nunca se caracterizó por los defectos comunes de la pequeña burguesía que en Guatemala se lanzó a la guerra en las montañas. El individualismo, el afán de figuración, el rivalismo, el autoritarismo, aberraciones ideológicas que hicieron estragos entre las filas revolucionarias, le eran ajenas. En parte por ello optaba por el trato informal —pues tenía un peculiar sentido del humor que también reflejaba su naturaleza tímida—, sugiriendo más que exigiendo, y enseñando con el ejemplo más que con argumentos verbales. Cuando no le quedaba alternativa tomaba la palabra y lo hacía bien, momentos en que revelaban la coherencia y la profundidad de que era capaz. Sin duda, aquel torrente de argumentos y razones no expresados lo hizo acumular fuerza interna, probablemente su mejor cualidad. Salvo con algunos sobrinos, reprimía expresar la mucha ternura que llevaba dentro y que una infancia desafortunada había acorazado por el lado visible.

Un día, en una de las tantas bajadas de la Sierra, estando a la orilla de un camino vio un trozo de periódico que el viento arrastraba y lo leyó por hacer algo. Contenía una nota necrológica donde la tía abuela con quien había pasado uno de los breves períodos felices de la infancia, agradecía las muestras de condolencia recibidas por el fallecimiento del esposo. Se trataba del Tío Vito, a quien no había vuelto a ver en años, un hombre corpulento, laborioso y paciente que tallaba barcos de madera para Feliciano en el taller de carpintería, en la quinta de naranjos, rosas y bugambilias, a donde por las tardes llegaban los tordos, en la lejana niñez.

Lo cierto es que los rigores de la vida clandestina lo habían obligado a romper lazos con la familia.

... pues siempre tuvo conciencia de los riesgos que conlleva para los seres queridos y para el revolucionario mismo ceder ante este tipo de debilidades, cuando la militancia personal es conocida por el enemigo. La lucha se hacía cada vez más violenta y había que redoblar las medidas de clandestinidad. 1966 fue año de acontecimientos decisivos. Tiene lugar la maniobra enemiga que instala a Méndez Montenegro en la presidencia, y los errores de la dirección oportunista del movimiento revolucionario conducen a la guerrilla al cese de hostilidades, desarmando con ello a la vanguardia del Pueblo. En octubre, en un accidente automovilístico, muere el comandante Turcios, y al día siguiente da inicio la mayor ofensiva antiguerrillera contra la Sierra de las Minas, para entonces verdadero bastión de la lucha revolucionaria. La caída del legendario comandante sorprende a Feliciano en Vietnam, a donde había viajado aquel año a conocer las experiencias de la formidable revolución que estaba llamada a derrotar a la más grande potencia imperialista de la tierra. En angustiadas cartas escritas desde el otro lado del mundo se dolía de esta irreparable pérdida para el movimiento revolucionario de América Latina, y preguntaba por sus compañeros en la lejana Sierra. Sin embargo, a pesar de los reveses y de los duros días que veía venir, mantenía la esperanza y vaticinaba el advenimiento de un tiempo en que las montañas guatemaltecas habrían de resonar con los pasos de cientos, de miles de combatientes en armas. Sus profundas convicciones revolucionarias están consignadas en esas cartas, pletóricas de amor y confianza en las fuerzas del Pueblo.

Luego de la dura ofensiva contra la Sierra de las Minas, los dirigentes de las FAR instalaron su centro de operaciones en Rabinal Baja Verapaz, en las serranías áridas donde habita la población indígena achí. Pablo y Feliciano trataban de levantar una guerrilla que reforzara a las diezmadas fuerzas que Androcles Hernández mantenía en los lomos de la Sierra. Tras concentrar las fuerzas dieron marcha a un plan de campaña, sosteniendo combate en San Agustín Acasaguastlán. La fuerza de bisoños se desbandó durante el combate y Feliciano hubo de trotar lomas durante varios días, tratando de reagrupar al contingente. Poco después se reintegró a la fuerza de Pablo, en Rabinal.

Tratando de asentar a las fuerzas militares revolucionarias en escenarios sociales y geográficos más propicios para la guerra de guerrillas, los jefes insurgentes inician en febrero de 1968 la marcha hacia el norte, buscando la Sierra de Chamá, siguiendo el curso del río Chixoy. Tras pericias y jornadas difíciles, enfrentados al obstáculo formidable del vertiginoso río que corre entre gargantas, alcanzan a llegar únicamente al Paso del Capitán. En marzo están de nuevo en Rabinal. El objetivo era instalar una nutrida columna al norte de Alta Verapaz, en la zona Kekchí, hacia el área selvática de las márgenes del río Icbolay. Los jefes guerrilleros se proponían planes que le permitieran al movimiento revolucionario retomar la iniciativa, tras los reveses políticos y militares de los meses precedentes.

Mientras tanto, en mayo se produjeron enfrentamientos armados en Rabinal y en San Cristóbal Verapaz, y Yon Sosa toma la decisión de desmovilizar la guerrilla a la capital. Había comenzado la crisis del movimiento revolucionario, y Feliciano hubo de participar en los enconados debates que alrededor de las perspectivas tuvieron lugar. De esas discusiones surgió una nueva comandancia que, al caer Camilo Sánchez, en agosto de 1968, fue disuelta por Yon Sosa, así como lo que en opinión de éste restaba de las Fuerzas Armadas.

Sin embargo, los planes de los jefes guerrilleros no se detuvieron. En realidad eran esfuerzos desesperados que únicamente se asentaban en la voluntad y en las grandes convicciones, toda vez que los dirigentes habían perdido el control de los factores fundamentales de la política y la guerra. Una parte del proyecto, en efecto, consistía en que Pablo se trasladara al Petén y abriera brecha hasta el río Icbolay, donde habrían de reunirse las diferentes fuerzas en fechas determinadas. En junio, valiéndose de los vuelos locales de la empresa nacional de aviación, Pablo y su hermano se trasladaron a Flores, llevando las armas largas ocultas en el improvisado equipaje. Luego les siguieron cinco guerrilleros más, con los cuales emprendió la marcha al desconocido punto de reunión, en las selvas del sur del departamento. Trataban de reconstruir a filo de machete y a fuerza de voluntad condiciones político-militares que sólo mediante un esfuerzo mucho más colectivo y mejor organizado habrían podido ser creados en aquellas circunstancias.

A principios de 1969 llegó Feliciano al Petén, al área de la Nueva Libertad, río Pasión arriba. Las FAR se hallaban amenazadas de desintegración, y los jefes más firmes no renunciaban a la perspectiva de una guerra que en aquel momento ya estaba derrotada. Decenas de valiosos cuadros y militantes habían caído en combate y de tiempo en tiempo se recibían en la selva los informes sobre destitución

5

nes, desconocimientos, recomposiciones y pronunciamientos donde los que se hallaban en el monte se enteraban que aparecían firmando tal o cual documento. En El Petén se reunió Feliciano con la guerrilla que comandaban Pablo y Androcles y dieron inicio a la marcha hacia El Quiché. En la ciudad se había decidido activar contactos en la zona ixil, a varios cientos de kilómetros del punto donde en aquel momento se concentraba la guerrilla. Dio comienzo así una marcha de meses, a través de extensiones interminables de selva, en las que el norte de los alzados eran los poblados del altiplano quichelense, al sur del ramal occidental de Los Cuchumatanes. Acortaban camino ocupando lanchas civiles con las que remontaban los ríos selváticos, y obtenían alimentos en los pocos poblados de entonces o recurriendo a la caza.

Un día, semanas después de iniciada la marcha, escucharon ruido de motores de avión, y al explorar los alrededores descubrieron que se hallaban en las cercanías de una instalación petrolera. Era el campamento de Las Tortugas, del cual poco se sabía entonces públicamente, el cual fue tomado por la guerrilla. Entre otras razones lo hacían para obtener pruebas concretas de la penetración secreta de las compañías petroleras, las que con autorización del gobierno de entonces comenzaban a apoderarse de las riquezas minerales del país. Luego continuaron la marcha hacia el sur, hasta llegar semanas después al pie de Los Cuchumatanes. Entonces lograron ascender hasta el poblado de Amacchel, en el filo septentrional del Macizo montañoso. Allí tuvieron noticias de que la organización le había dado muerte a Jorge Broil, en San Juan Cotzal, y que la represión se ensañaba de la zona. Tras algunas escaramuzas con la tropa enemiga debieron retornar, tras sufrir un bombardeo de la aviación. De regreso al Petén tomaron de nuevo Las Tortugas y continuaron al norte. Una lancha civil que habían dejado oculta en un afluente del Chixoy, durante la marcha de ida, pendía al regresar a gran altura de los árboles, como efecto de las formidables crecientes del invierno reciente.

Era 1970 y las perspectivas de la lucha guerrillera se habían ido reduciendo a algunas convicciones incommovibles y a los contradictorios sentimientos que albergaba el corazón de los más firmes de aquella guerrilla en derrota. Para entonces, Feliciano tenía ocho años de no ver a su hermano, con quien se querían entrañablemente, tras despedirse en México una nublada mañana de 1962. Desde esa vez los caminos de ambos se habían separado en el espacio y sólo en una ocasión habían logrado comunicarse por carta. De Vietnam, de Moscú, de Leipzig, en cartas escritas a la carrera y en las que hacían esfuerzos por decirse todo lo que ambos habían acumulado durante "aquellos largos almanaques de ausencia", hacían planes para encontrarse y se habían dicho todo lo que se querían, habían hecho balance de la infancia común, se habían identificado en el compartido amor por el Pueblo y habían consignado el propósito de encontrarse en algún punto del globo, donde se cruzaran, aunque fuera una vez, sus enredados caminos. No volvieron a verse, porque las rutas de los hombres en la Revolución son más complejas y duras que las de aquellos que no han asumido la tarea de cambiar el mundo. En 1973, desde las cumbres diáfanas de Amacchel, en Los Cuchumatanes, el hermano contempló cuando llegó su tiempo el horizonte sin límites de la selva, sin saber que pocos años antes Feliciano había estado allí, buscando los caminos de la libertad del Pueblo.

En diciembre de 1970 y enero de 1971, Feliciano Argueta se hallaba en la ciudad, participando en la Conferencia Nacional de las FAR. Allí se establece una nueva dirección de la cual forma parte Pablo, Feliciano, Androcles, Nicolás y Lucio. Luego, viaja al extranjero, llevando entre otras tareas organizar el regreso de Rodrigo Asturias al interior del país. Al retornar a la patria, en abril, el día que hace contacto con Pablo, encuentra la muerte.

Unos días antes, en México, en vísperas del retorno, le encargó a cierta compañera* por la que guardaba gran afecto una tarea especial. Había de llevar a la lejana guerrilla de la selva petenera un casete con los corridos villistas, cuyas hazañas cantadas le apasionaban, como recuerdo del jefe que habría de estar todavía ausente. Sobre todo le gustaba *La Tumba de Villa*, cuyos versos de dolor y nostalgia bien pueden serle dedicados:

**Canten jilgueros y cenizales sin parar
 y que sus trinos se oigan en la serranía
 y cuando vuelen bajo el cielo de Parral
 lloren conmigo por aquel Francisco Villa...**



**DE LA VIDA ENVIDIABLE
DE FELICIANO ARGUETA**

Mario Payeras

Ya ves que aquella despedida de México,
provisional como todos los plazos del corazón,
no pudo sobrevivir a su propia promesa.
Y hoy que es marzo,
compañero,
y que ya no te encuentras bajo este viejo cielo
donde los pájaros son desmemoriados,
me llena la certeza de que mientras no nos vimos
averiguaste más sobre la semejanza que en los días de la escuela
llegamos a vislumbrar entre la realidad y las marquetas tempranas
que dejaba en las esquinas el carruaje del hielo.

Así supe que en los años de la guerra
te asediaron a menudo las papalotas de la infancia;
que a tí también te desvelaron las estrellas
en las noches de la sierra
(esa desordenada fiesta de bengalas
de difícil sentido),
y que entre tantos paisajes como viste
había dos o tres que para tí llegarían a ser insustituibles.
Supe que después de todo
te sorprendió que el amor fuera eso tan disperso,
que puede a veces consistir en el rito desolado
de recoger para alguien que ni siquiera conocemos
las caracolas de Guanabo,
en las interferencias de una marimba lejana
en la noche de Bruselas
o en la muchacha de la blusa azul
que un domingo de Berlín nos reveló con sus modales
los infinitos riesgos del olvido.
Hoy sé que así tratabas de explicarme
que el mundo es demasiado grande para nuestra nostalgia.

Y esa desamparada aventura terrestre íbamos a contárnosla
aunque fuera después de aquellos largos almanaques de ausencia,
como tú mismo decías.
Yo te esperé muchas veces en un café de Praga
desde el que pueden seguirse las costumbres
de las gaviotas en noviembre,
mientras tú quizás andabas,
en horarios distintos,
por el remoto cielo de Valparaíso,
pensando que en efecto la realidad es translúcida
pero que es atravesable en un solo sentido
porque no tiene caminos de regreso.
Y qué bueno hubiera sido encontrarnos algún día
para entregarnos cuentas de lo andado,
para mirarnos a los ojos
por lo menos
una vez más en la vida,
y arrancarnos (¿quién sabe?)
las flores que entretanto nos hubieran crecido para el otro
en el propio corazón.

Pero tú ya sabías que no vale la pena
tratar de ser felices a la vieja manera.
Por eso es explicable que en tu cartera apenas encontraran

simples objetos de hombre que no le teme al olvido
(y desde aquella hora
la muerte no es para mí esa patria feroz
que nos aflige tanto con su ternura solitaria),
y que un 14 de abril te olvidaras de las citas y de las fechas humanas
y te marcharas conforme hacia el largo domingo sin barriletes ni pájaros,
la región que en los mapas más antiguos que existen
solía representarse con una ballena triste.

octubre 1982